
Sangre de mayo

El homicidio del cardenal Posadas Ocampo



prólogo de Juan Sandoval Íñiguez

Héctor Moreno Valencia

José Alberto Villasana



OCEANO

ÍNDICE

Prólogo, 13

Introducción, 39

El narco-Estado mexicano, 49
Los altercados contra el cardenal, 61
Del “fuego cruzado” a la “confusión”, 65
Extrañas calaveras, 75
El operativo, 77
La versión de los Arellano, 83
García Ábrego lo sabe, 91
Planeación del homicidio, 97
Militares y judiciales implicados, 101
El 3 de junio tampoco se olvida, 107
Trayectoria de la víctima, 111
Colosio y Posadas, 121
El escenario jalisciense, 123
Videos y evidencias perdidos, 129
Los cabos sueltos, 153
El caso no se cierra, 165
Una alocada vehemencia, 175

Epílogo, 181

Notas, 185

Referencias de las fotografías, 201

Índice de nombres, 205

PRÓLOGO

Tenemos derecho a saber quién y por qué

La Iglesia, a lo largo de dos mil años, ha sufrido persecuciones y ha visto morir a muchos de sus hijos, inocentes, a los que llama mártires, honrándolos como a cristianos de excepción y los pone como ejemplo luminoso de fidelidad en el seguimiento de Cristo.

El Señor, que fue perseguido y llevado al suplicio de la Cruz, dijo a sus Apóstoles: “El discípulo no es más que el maestro. Si a mí me han perseguido, también los perseguirán a ustedes” [Jn 15, 20].

Los judíos lapidaron a Esteban por confesar a Cristo como el Hijo de Dios, pero los autores, el motivo y el modo en que lo hicieron, se conocieron y quedaron consignados en los Hechos de los Apóstoles.

El imperio romano divinizó a la persona del emperador y persiguió por mucho tiempo a los cristianos porque no le rendían culto, como a un dios, pero siempre había una declaración ante la autoridad y la sentencia de un juez que quedaba consignada en las actas del imperio.

En la sangrienta persecución religiosa que hubo en México, de 1926 a 1929, fueron muertos muchos sacerdotes y laicos, algunos de los cuales han llegado ya al honor de los altares. El ajusticiamiento se cometía casi siempre sin la sentencia de un juez, a criterio y gusto de la autoridad que los apresaba; pero se sabía públicamente que eran sacrificados por ser creyentes en Cristo y cumplir con sus deberes de sacerdotes o de laicos comprometidos con la Iglesia.

El asesinato absurdo y alevoso, oscurecido por las versiones precipitadas e inconsistentes de las autoridades encargadas de su esclareci-

miento, en la persona de un Arzobispo de una Sede Metropolitana, tan importante como es Guadalajara, y además, Príncipe de la Iglesia, resulta un hecho insólito que no había sucedido en nuestra historia. Es un hecho que pone de manifiesto el grado de corrupción y degradación al que algunos grupos dentro de la sociedad pueden llegar, cuando se atreven a asesinar a un hombre de bien, sin dar la cara ni decir los motivos. Se trata de un acto, de una vileza y cobardía increíbles, donde se pisotea la dignidad de la persona humana y se le priva del bien fundamental que es la vida; donde en los sicarios y mandantes se pone de manifiesto el lado más oscuro y los instintos más bajos del ser humano.

Ni en los peores días del conflicto religioso que se padeció en nuestra patria, se llegó al asesinato de algún obispo. La Iglesia de Guadalajara ha sido agraviada en la persona de su Pastor y la Iglesia Universal en la de un Cardenal.

A veces algunas personas me cuestionan y preguntan que por qué reclamo, por qué no dejo las cosas de esta investigación en paz, si al cabo el asesinato no se va a esclarecer. Muchas veces no se dan cuenta que de esta manera, sin quererlo, están cooperando con los responsables del homicidio, que desearían dejar pasar el tiempo para que se pierdan las pruebas, se borren sus huellas y el caso se vaya olvidando, o que la gente se desanime y desespere de la solución del mismo. Yo, contrariamente, creo que es importante que el asesinato del señor Cardenal Posadas Ocampo se aclare por el bien de la Iglesia y del pueblo de México.

También preguntan algunos que por qué soy el que reclama, por qué soy el que quiere saber la verdad, por qué mi insistencia. Si alguien tiene que reclamar, ése soy yo, por haber sido nombrado por el Papa, Juan Pablo II, Arzobispo de Guadalajara, por lo tanto, sucesor del Cardenal Posadas Ocampo, y por ende, el Pastor de una comunidad católica gravemente ofendida.

Lo que pretendo es que se conozca la verdad, ya que no se puede ser libre de otra manera: "La verdad os hará libres" [Jn8, 31-32]. Es importante también que se limpie la memoria del señor Cardenal Posadas, a quien se le pretendió matar dos veces: una con 14 disparos a quemarropa y otra, moralmente, tratando de involucrarlo malévola-

mente con el narcotráfico, dando a entender, con comentarios malintencionados, que estaba comprometido de alguna manera con ese ilícito y era amigo de narcotraficantes.

Es además una labor patriótica y obligación de todo ciudadano combatir la impunidad que ha alentado de manera escandalosa el crimen en México, en los últimos años.

La Iglesia quiere saber la verdad. Ése es el deseo de México y también de la Santa Sede, que no puede ser indiferente ante el homicidio de un cardenal, consejero del Papa y hombre de la Iglesia destacado. En los funerales de cuerpo presente que se celebraron en la Catedral de Guadalajara, el jueves 27 de mayo de 1993, con asistencia de casi todo el Episcopado Mexicano, obispos y cardenales de Norte y Sudamérica, el Cardenal Eduardo Pironio, enviado especial del Papa Juan Pablo II, al presidir las exequias, dijo en su homilía: “Queremos saber, tenemos derecho a saber quién y por qué asesinaron al Cardenal Posadas Ocampo, siquiera para saber a quién tenemos que perdonar”.

Que se resuelva jurídicamente este asesinato, depende de la voluntad de las autoridades. Hay ya elementos suficientes para hacerlo, y el pueblo mexicano y gran parte de los extranjeros enterados, no aceptan las explicaciones oficiales de una confusión, como causa del crimen.

Durante todo el proceso de investigación se han denunciado numerosas maniobras realizadas por parte de algunas autoridades para ocultar pruebas, dificultar la investigación y manipular los resultados. A pesar de todo, seguimos teniendo confianza en que salga a la luz la verdad y se dé a conocer al pueblo de México; porque afortunadamente también hay algunas autoridades honradas.

Han sido muchas las experiencias positivas, y también las negativas, que se han tenido a lo largo de estos años posteriores al asesinato: asomarse al mundo subterráneo del crimen, conocer un poco más a las instituciones que tienen la misión de combatirlo, en muchas de las cuales hay una gran corrupción y una maraña de compromisos inadmisibles, pero donde hay también gente decente que quiere hacer bien las cosas; ha sido una experiencia humana que nos ayuda a penetrar un poco en el misterio del bien y del mal, que anida en el corazón del